

CREACIÓN DE LA NACIONALIDAD MEXICANA

Rafael MORENO
Universidad Nacional de México

EN LAS SIGUIENTES LÍNEAS se pretende demostrar las ideas y, más que eso, la visión que los ilustrados mexicanos tuvieron de su cultura, de su patria y de sí mismos. Una vez expuesto, siquiera en las figuras centrales, que hay una cierta filosofía ilustrada en el siglo XVIII, conviene señalar cómo influyó la nueva actitud mental y, antes que nada, qué papel jugó el conocimiento de sí mismo en la adopción y asimilación de las ideas modernas.

Ciertamente es la primera vez que los novohispánicos, movidos por los ideales de la ilustración, llevaron a cabo un estudio "científico" del país, como atestiguan las obras dejadas, la opinión de Humboldt y el reconocimiento de la *Antología del Centenario*. Antes de la segunda mitad del siglo había habido investigaciones geográficas, de historia natural y aquéllas, tan similares a las de la época que nos ocupa, de don Carlos de Sigüenza y Góngora. Pero se trataba de casos singulares y aislados. Durante la segunda mitad del siglo existe, en cambio, un grupo de hombres que de una manera deliberada y continua se empeñan en analizar el estado y el porvenir de su propia nación. Sobresalen en esta tarea de reflexión sistemática sobre el destino nacional los criollos Eguiara, Maneiro, Clavijero, Velázquez de León, Bartolache, Alzate, Gama, Hidalgo, Gamarra, Mociño.

De las figuras anteriores han sido elegidos Alzate y Bartolache para documentar el tema propuesto, porque son ellos los representantes de un movimiento que nos sacude en el siglo XVIII. Al liberarnos del marasmo tradicional, plantean entre nosotros, gracias a los principios del siglo de las luces, la problemática del Nuevo Mundo, de América en general y de México en particular. Ponen —podría decirse— las bases

para el proceso, inacabado aún, de la cultura patria y de la nacionalidad, en el sentido y con los alcances que se indicarán a continuación.

I. *La existencia de México y América*

La vida del hombre tiene muchas maneras de llevarse a cabo: la ciencia, la filosofía, el pensamiento, la literatura, las ideas, el arte, la religión, los problemas sociales, las costumbres. La vida del hombre americano en México pudo por eso manifestarse sucesiva o simultáneamente en cada uno de esos factores.

De hecho resulta a estas alturas incuestionable la existencia desde el siglo xvi de una vida que es crecientemente mexicana. Los conquistadores conquistados por el medio, el hombre nuevo que formaron el español y el indígena, la nueva cultura, el orgullo cada vez mayor del criollo, las virtudes y defectos del mestizo, la identificación del criollo en su suelo, la reivindicación de la antigua cultura, la rivalidad y el odio entre criollos y gachupines, el debilitamiento de la autoridad virreinal y la bancarrota económica, cultural y política del imperio: todas éstas son claras manifestaciones de una vida que es mexicana cada vez con mayor conciencia. Así se explica uno que el pensador de la segunda mitad del siglo xviii ya encuentre muchos de los elementos que hacen la nacionalidad: el nacionalismo de Sigüenza y Sor Juana, un arte propio, la terminación de la conquista, el auge del guadalupanismo, el mayor conocimiento de la realidad mexicana, el optimismo nacionalista, la constitución de las ciudades modernas, la defensa de América frente a Europa, la modernización de los estudios filosóficos y de la cultura en general.

Es cierto que la heterogeneidad cultural precolombina, considerablemente aumentada por los primeros contactos de los dos mundos, impide hablar de una homogeneidad de la cultura. Es cierto también que el hombre del Nuevo Mundo que ha encontrado la estabilidad en la cultura y en las instituciones políticas y religiosas, es el criollo; mientras el mestizo y el indio asisten pasivamente a la nación que iba naciendo

de las entrañas coloniales. Esta situación se torna más grave cuando se advierte que los criollos, cuyo número apenas llegaba a fines del siglo XVIII al 10 % de la población total, son los que representan a la nación, y que los mestizos, las castas y la masa indígena son americanos, en cuanto ellos podían decirlo o defenderlo. Si se considera, además, que la vida criolla aparece de primer intento como una imitación de la peninsular, los términos cultura mexicana y vida mexicana son harto problemáticos. Pero estas son algunas de las cuestiones que podrán ser esclarecidas por los escritos de los dos autores que hemos elegido.

El *Diario Literario*, las *Observaciones Varias sobre Ciencias y Artes*, la *Gaceta de Literatura*, todos ellos periódicos de Alzate, y el *Mercurio Volante* y las *Lecciones Matemáticas* de Bartolache, muestran a cada paso que sus autores tenían conciencia de la realidad mexicana y americana, y que ésta era el sostén de todo su pensamiento. Tan próximo a ellos está el tema de América y de México, que sólo él puede explicar la intención de sus escritos y de su actividad literaria entera. Lo cual no acontece en Clavijero, Manero y ni siquiera en el mismo Eguiara: son fundamentalmente apologistas de una cultura ya hecha, defensores de la capacidad del americano culto para equipararse intelectualmente al europeo. En cambio, Alzate y Bartolache escriben impulsados por el afán de mostrar la realidad patria a los mismos connacionales. Los periódicos no contienen un solo tema que en rigor no esté referido a la nación. Ocupan páginas y páginas en describir los frutos, las siembras, la fauna, la flora, los climas, el cielo, la agricultura, las minas, el comercio, la geografía, los comestibles, la historia natural entera, las antigüedades indígenas, la vida y obra de los hombres ilustres. En una palabra, las producciones, los problemas y los ingenios de la Nueva España. Las mismas noticias del progreso que las artes y las ciencias habían logrado en Europa, están orientadas a proporcionar a los mexicanos, al docto y al zapatero por igual, conocimientos útiles, aplicables a las necesidades propias. Aún las especulaciones abstractas, como son las contenidas en las *Lecciones* de Bartolache, o como la disquisición de Al-

zate sobre la naturaleza del jarabe, están íntimamente vinculadas a la nación. No pueden ser, leímos en el *Mercurio Volante* a propósito de la profundidad de una mina, “averiguaciones de mera curiosidad entre nosotros los americanos”.¹

No hay noticia extraña. Todos los temas son ocasionales, de circunstancias para un caso concreto o para remediar un problema localizado en un lugar y en un tiempo determinado. Hasta las doctrinas con las cuales llevan a cabo la reforma de la educación son circunstanciales, libres de sistema, aplicadas inmediatamente a las necesidades de la colonia. De esta manera el cúmulo de reflexiones sobre la Nueva España y para la Nueva España, que son los periódicos, presentan con un vigor singular el tema México. Otra vez, como había sucedido con el pensamiento antropológico del xvi, la patria es antepuesta a la ciencia o a la filosofía o a la verdad. La preferencia es deliberada, consciente, buscada. Es bien sabido que estos pensadores ilustrados niegan de una manera definitiva a su propia historia del derecho para subsistir. La razón de tal actitud estriba en la ignorancia que el pasado tiene de la cultura, los problemas, las necesidades, las posibles proyecciones del país, y también en su incapacidad para plantear dentro de las convicciones modernas la cuestión México y América. América y México, la pregunta primera, el problema fundamental, el tema único, según el pensamiento de Bartolache y Alzate, para cualquier americano.

Esta presencia de México y América se torna descubrimiento y conciencia de sí mismos en Alzate, Bartolache y los lectores de los periódicos. En manera alguna es posible afirmar que se trata de una actitud común a todos los habitantes de la Nueva España. Puede decirse, en cambio, que en esta época logra adquirir un conocimiento tan completo de la realidad propia y de la capacidad humana, que influye en el proceso de la nacionalidad y de la cultura nacional. De momento es necesario señalar que hablan con insistencia sobre el “cuerpo de la nación”,² la “nación” y la “patria”, como términos correlativos que responden sin duda al sentimiento de que México es no sólo otra cosa frente a España, sino una nueva entidad, con las características ya de una patria. Se

comprende así que pueden escribir "nuestra nación",³ "nuestra América",⁴ "nuestros americanos",⁵ "nosotros los americanos",⁶ "patriotas americanos".⁷ A este respecto es todavía más significativa la oposición entre "españoles europeos" y "españoles americanos", entre "Americanos" y "europeos".⁸ Cualquier página de los periódicos deja la impresión de que la Nueva España es una comunidad material y espiritual, una unidad geográfica y mental, pese a las diferencias de razas, a las separaciones impuestas por la geografía y la lengua, a las diversas concepciones políticas y religiosas. Estaba prematura, sin embargo, la independencia política. Alzate y Bartolache sostienen la unidad imperial. Para ellos la nación española incluye a la Nueva España.⁹ Cuando Alzate se defiende de la grave acusación de extranjerismo, dice de manera expresa que es español, que piensa como "español",¹⁰ que tiene obligaciones de "español".¹¹

Es indudable que el predominio de semejantes expresiones en los periódicos significa el sentimiento y la conciencia de una vida mexicana y americana, constituida ya en sus aspectos fundamentales. Para Alzate y Bartolache, América y México son dos realidades que se corresponden, pues en aquel tiempo la palabra América todavía no significa la unidad histórica que ahora conocemos por Hispanoamérica. Pero quizá lo más importante, que pueda deducirse de esta conciencia o de este sentimiento, es el hecho de que los periodistas, y quienes los auxiliaban escribiendo artículos renovadores, no necesitaron de la reflexión, ni del estímulo extranjero, para caer en la cuenta del significado de la nueva actitud. Se sentían americanos y mexicanos tan espontáneamente como experimentaban su índole racional. Hablan de América y de México con el gozo que experimenta uno al afirmarse o descubrirse a sí mismo, gracias al desarrollo natural de las propias virtualidades.

Desde este punto de vista adquiere una sorprendente claridad todo el pensamiento y toda la vida de la segunda mitad del siglo XVIII, que es la época en que se ponen las bases definitivas del México moderno. Pudiera decirse que estos hombres, que según propia confesión eran hijos del siglo de las

lucen, alcanzaron una clara conciencia de sí mismos por tener vida propia. Es cierto que su actitud fue reforzada, y en ocasiones causada, por el conocimiento de las naciones extranjeras, las europeas y, por lo tanto, la presencia de otra realidad hizo posible tanto el descubrimiento de sí mismos, como la exaltación del tema México y América a tema central de sus preocupaciones. Pero no debe olvidarse que la conciencia teórica de sí mismos no es el primer testimonio o el paso principal de estos americanos. La conciencia mexicana, el sentimiento mexicano, se manifiestan con un vigor palpable, difícil de impugnar. Para quien registra las publicaciones, éstas son, desde principio a fin, un documento de vida nacional. Alzate y Bartolache no formaron el espíritu de su obra con datos meramente teóricos y producidos por la reflexión. Ellos la fundaron en la experiencia, en el conocimiento inmediato de su propia realidad, anterior a cualquier teoría.

II. *Afirmación de México y América frente a Europa*

Ya en el orden teórico México y América son afirmados a propósito de los juicios de los europeos, viajeros algunos, historiadores otros, quienes, no satisfechos con excluir al Nuevo Mundo de la historia, le negaban el derecho de participar de la comunidad universal. Esta idea hace que los escritos de Alzate y Bartolache sean en parte una reivindicación de América y los americanos. Pero, también aquí, la tarea de destruir las opiniones denigratorias se torna conocimiento reflejo de la grandeza nacional. La apología termina en manifestación y exaltación de los bienes materiales y espirituales de la Nueva España.

Tanto Alzate como Bartolache proporcionan en sus periódicos abundantes documentos de la riqueza material. Hacen saber que viven en un "país en que la naturaleza se ha mostrado tan pródiga en sus producciones";¹² cuenta con los frutos más variados, con una fecundidad poco común de la tierra;¹³ lo atraviesan grandes ríos y montañas; la agricultura y la minería han adquirido un desarrollo inusitado en otras naciones. Nada existe, en suma, comparable en América al

esplendor de la metrópoli llamada con orgullo, y efectivamente lo era, capital del Nuevo Mundo. Igualmente México tiene en la cultura un largo historial, que se extiende desde el saber admirable de los indígenas hasta la época de las luces, en que se ha hecho consciente la necesidad de buscar conceptos y métodos conformes con la realidad americana. "No faltan, dice Alzate, ingenios que a la menor persuasión desempeñen el honor de la América".¹⁴ Bartolache también afirma que "ha habido en todos los tiempos. . . hombres de una instrucción y literatura muy particular",¹⁵ pero reconoce que "la florescencia de las letras" no ha equiparado la de las riquezas, "porque no podía en los dos siglos y medio hacer tamaños progresos".¹⁶ Alzate, en cambio, no solamente reconoce que los Estudios Generales, frecuentados por la "juventud americana", produjeron infinidad de hombres en las facultades mayores, teología y jurisprudencia, sino también que ya en su tiempo existían muchos que se dedicaban a las ciencias útiles y a la literatura de buen gusto, sólo que se recataban de manifestar sus aficiones por el temor que les infundían los tradicionalistas.¹⁷ Quien no tenga "lagañas verá que México es una de las principales ciudades del orbe", como se deduce por la literatura avanzada de sus moradores, por los libros que se venden, por las cátedras que no permanecen vacantes debido a la abundancia de sujetos aptos, por los profesionistas que se cuentan a centenares, por los muchos que se aplican a las matemáticas y ciencias experimentales, sin otra recompensa que la dedicación misma.¹⁸

Es significativo poder decir que, cuando los pensadores ilustrados quieren mostrar que México, y por eso también América, no son inferiores a las naciones europeas, suman entre las glorias novohispánicas los frutos de las ideas escolásticas y tradicionales, pero, cuando miran hacia la consecución de las luces modernas o hacia el desarrollo de la capacidad del Nuevo Mundo, la escolástica es considerada como causante de la decadencia. Tal distinción les permite no sólo establecer dos tipos de grandeza, sino también afirmar que la gloria presente y futura de la nación está asegurada, por el simple hecho de que los mexicanos aceptan la cultura

moderna: "las luces del siglo presente y del buen gusto" están logrando "estupendos progresos".

Las convicciones de Alzate y Bartolache sobre la grandeza nacional sólo pueden ser el fruto de un mundo que se sabía valioso en el orden geográfico, económico, social y cultural. Es indudable que con ellos alcanza máxima conciencia una preocupación que pertenece a todas las generaciones novohispánicas, desde las inquietudes de Cortés y las crónicas de Cervantes de Salazar, hasta los tiempos ilustrados de la segunda mitad del siglo XVIII. El mayor mérito de esta conciencia no es tanto haber establecido su derecho para participar de la historia universal. Los pensadores del siglo de las luces dan, primero a sí mismos, después a los europeos, las pruebas últimas de su racionalidad. No se trata de temas personales, ni siquiera de preguntarse si estaba justificado trasplantar el pensamiento de Europa a América, sino de cuestiones que tienen su origen en el "amor que se debe a la patria y a la nación".¹⁹

Se comprenden ahora los motivos por los cuales Alzate y Bartolache enseñan que los americanos son tan "rationales", que no son inferiores en tierras, en orden y costumbres, en capacidad y genio, en virtudes y obras.²⁰ Como buenos ilustrados, piensan que la verdad acabará los escritos injuriosos de los extranjeros y hará suspender los calificativos de "salvajes", "ignorantes", que "inicuamente nos atribuyen aún algunos españoles".²¹ Ellos muestran que los americanos, por la misma índole de su genio, están capacitados para pensar como los europeos y, sobre todo, que de hecho los hombres del Nuevo Mundo ya conocen y enseñan las mismas cosas que los sabios de los otros países. Sus escritos confluyen a formar en el lector la convicción de que México y América estaban ya en el consorcio de las naciones cultas, porque su misma grandeza les daba derechos para participar con dignidad de la historia universal.

Por todas estas cosas los pensadores ilustrados no sólo llegan al primer plano de la reflexión el tema de México y América, sino que proporcionan de un modo consciente, por primera vez en la historia novohispánica, los datos para so-

lucionar el problema de lo que podría llamarse el ser de América, aun cuando ellos mismos no hayan caído en la cuenta de la solución. Más que la injuria de la incapacidad o de la barbarie americana, se ventilaba en el fondo la naturaleza del Nuevo Mundo, de su destino e historia, cuestiones definitivas para el ser americano en general y el mexicano en particular. Cabe advertir que, por haberse logrado el tema por el sentimiento de sí mismos, que a su vez, surgió con perfiles propios gracias al contraste América-Europa, y por ser Europa la que trasplantó sus ideas a América, la afirmación, la existencia, la capacidad, el futuro del Nuevo Mundo, dependen del reconocimiento europeo. Por lo menos esto deduce el lector de las obras de Alzate y Bartolache. De aquí que, si el juez en semejante litigio de la racionalidad americana es Europa, el criterio de la solución había de quedar comprendido dentro de los ideales de la época.

Sólo así se entiende el sumo cuidado de los periodistas por mostrar a los americanos con la misma capacidad y los mismos conocimientos que los europeos. Sus escritos están destinados en gran parte a probar que los mexicanos son hombres de buen gusto y que también ellos como los europeos, están dentro del siglo de las luces. Alzate y Bartolache, sin embargo, no dan la impresión de sentirse ligados a Europa ni de verse constreñidos a imitar algo que les fuera extraño. Proceden con naturalidad, tal como procedería un europeo consciente de su situación en la historia. En algunas ocasiones hasta procuran alabar a los americanos, cuando éstos poseen cualidades superiores a los españoles o a los europeos, como sucede a propósito de la perfección de las artes y la inteligencia fácil de los criollos, o del mayor número de habitantes de la ciudad de México en comparación con Madrid.²² A este propósito es significativo que Bartolache, tras de manifestar el respeto político que siente hacia el imperio, vea en la metrópoli de ultramar un modelo de las reformas modernas,²³ mientras que Alzate desconoce la grandeza española, no tanto por la miseria de su suelo y de sus campos, que sólo esto bastaría, cuanto por el atraso cultural y, lo que es más grave, por las trabas que le impiden salir de la bar-

barie. Resulta sorprendente encontrar escrito en la *Gaceta de Literatura* que la colonia se ha adelantado en la liberación de la escolástica. Cuenta con mejores ingenios y con un ambiente más propicio para el desarrollo de las doctrinas nuevas, que entonces significaban buen gusto, progreso, felicidad.

De esta manera la contraposición América-Europa y la asimilación de los temas y el pensamiento del Viejo Mundo, hacen posible que México y América alcancen la máxima conciencia de sí mismos.

Alzate y Bartolache ya no son defensores solamente de una cultura, sino sostenedores, en sentido positivo, de un mundo, de otro mundo, de un mundo realmente nuevo. Lograron crear la conciencia de México y América, pero la ligaron en forma definitiva a la historia de Occidente, como si América fuese en realidad un Nuevo Mundo gracias a la presencia del Viejo Mundo. Por esta razón queda relegada al olvido toda la problemática que pudiera ofrecer la compleja vida mexicana, en donde los mestizos y los indios sumaban mayores contingentes que los criollos, cuyos portavoces son Bartolache y Alzate. Al criollo Bartolache ni siquiera le preocupa el tema indígena, llegando a escribir que las ciencias y las artes sólo pudieron suceder a la "barbarie e ignorancia de los indios", y que, correlativamente, la América "debe todas sus luces a nuestra España y a la cultura Europea".²⁴ Alzate, por el contrario, advierte la contribución indígena, aunque sólo la refiera, igual que Clavijero y antes Sigüenza, a la antigua nación mexicana, que ya entonces no existía, pues "en el día los indios componen lo que se llama ínfima plebe", reducidos a las más penosas ocupaciones y a los trabajos mecánicos.²⁵ Dentro de estas limitaciones, hace resaltar los frutos de la cultura precolombina y es el único periodista del XVIII que describe y trata de salvar los monumentos que hablan de ella. Es tal su inclinación, que llega a preferir la ciencia botánica de los indígenas sobre la nomenclatura de Linneo, el gran naturalista del siglo XVIII, porque ellos le dieron a cada planta un nombre que hacía resaltar sus cualidades específicas, y este autor establece una clasificación sistemática basándose en géneros abstractos, muy

alejados de la verdad botánica. Las antigüedades mexicanas y la cultura indígena son consideradas por Alzate como grandeza propia y por eso nacional; forman parte de la contraposición América-Europa, y contribuyen a dar a América un ser peculiar. Lo anterior se ve claro, entre otras declaraciones de Alzate, en una interpretación de la conquista que resta méritos a España. Según él no debe decirse "que pocos centenares de españoles conquistaron a la Nueva España", sino "que poderosos ejércitos, unidos y aunados de los valientes y esforzados españoles, pelearon contra los mexicanos".²⁶

Tales son las ideas que dan principio a la solución del tema América y México dada por los criollos, cuya importancia es de suyo evidente por la sencilla razón de que crean una problemática válida todavía en nuestra época.

III. *Constitución del ser mexicano y americano*

La conquista, que en el orden de la conciencia refleja logran México y América gracias a la presencia de Europa, viene a ser como la condición necesaria para el desarrollo, en un sentido profundo, de la historia y el ser de nuestros pueblos. En efecto, la reflexión sobre una entidad llamada México y América puede considerarse el primer paso para reconocer la necesidad de su independencia en el campo económico, en el campo mental y en el campo político. Pocas, aunque importantes, son las referencias de libertad económica y política que se encuentran en los pensadores ilustrados. Sus escritos, en cambio, tienen por preocupación fundamental lograr una nueva mentalidad para todos los habitantes de la Nueva España. Cuando los americanos se contaminaron del criterio extranjero para juzgar la sabiduría, y cuando los criollos aceptaron la problemática europea sobre América, que no otra cosa significa la insistencia de la apología, advirtieron que carecían de genios comparables a los europeos y que no participaban de la ciencia y de la cultura modernas: eran pueblos tradicionales y no modernos. Surge entonces el tema consciente, expreso, interminable en las publicaciones periódicas, historia última de Occidente. Por un riguroso

planteamiento histórico, desconocido hasta entonces entre nosotros, llegan a demostrar que la raíz del mal estaba en la rancia mentalidad imperante.

De esta manera la conciencia del presente, el análisis del pasado, juntamente con el temor y la esperanza del futuro, vienen a constituir las líneas directrices de sus ideas. Adquieren con ellas un sitio dentro de una línea de pensamiento que ha sido llamada de la decadencia, y que es considerada como esencial a los escritores de habla española. Todos los escritos son por eso una especie de sermones laicos. Su objeto es el examen de las causas y remedios de la decadencia que imposibilita la consecución y el reconocimiento de la grandeza americana. Tan intensa es esta preocupación en Alzate y Bartolache, que sus obras enteras son un tratado de las causas y remedios de la decadencia, una especie de teoría salvadora de la cultura, de la historia americana, de la tierra y el genio americano. Teoría de la salvación de la decadencia es sinónimo de teoría de la salvación de América. Nada extraño tiene que sean precisamente los periodistas quienes primero eleven el tema de América a conciencia máxima, y que sean ellos quienes encuentran la solución al problema que el mundo antiguo inventó para el Nuevo Mundo, o sea, la incapacidad para la cultura moderna y la consecuente no participación de la historia universal, cuestiones en cuyo reverso se ocultaba todavía el tema de la racionalidad de América.

Alzate y Bartolache pasan ordinariamente por científicos y filósofos; mas en pocas ocasiones han sido considerados como lo que son, constructores de la cultura mexicana, educadores de nuevos hombres mexicanos. La primera providencia de salvación emprendida por ellos fue la formación de una conciencia histórica en todos los lectores, a quienes hemos de llamar discípulos, sobre lo que el hombre de México había sido, sobre lo que era y sobre lo que debía de ser. Tal es el sentido de sus periódicos y sus escritos. Es igualmente el sentido que debe darse a su insistencia sobre la grandeza propia.

Con una maestría que causa extrañeza encontrar en pensadores mexicanos del siglo XVIII, Alzate y Bartolache van

usando la historia para mostrar que la causa última de la decadencia estaba localizada en la filosofía y mentalidad escolásticas, que hasta entonces habían determinado la cultura y la vida en la Nueva España. También mediante la historia, en un proceso que corre paralelo a la creciente aceptación del buen gusto, pudieron escribir que era necesario erradicar la barbarie del alma colonial, como condición previa para salvar a la nación del descrédito que le originaba en el extranjero cualquier "papelucho" escolástico. De otra manera tendría que seguir sufriendo las injurias de "ignorante" y "bárbara". Los periódicos predicaban en todos los tonos y en todas las ocasiones que la grandeza y la vida nacional sólo podrán consolidarse cuando se destruya de raíz la causa de los males nacionales. No se trata de un propósito expresado al acaso. Las primeras enseñanzas de Bartolache de que existe noticia, las *Lecciones Matemáticas* dichas en la Universidad el año de 1763, exigen ya la reforma completa de la concepción del mundo escolástico. El *Diario Literario* de Alzate, aparecido en 1768, es una arenga para mostrar las causas y el remedio de la decadencia.

La solución fue definitiva. Alzate y Bartolache empezaron a construir el mundo moderno en México sin tener en cuenta el propio pasado colonial y escolástico: negaron su propia historia. Sin embargo, ni quitaron toda razón de ser al pasado, ni negaron toda su historia. Debido en una parte a la conciencia histórica, debido, en otra, al conocimiento de la realidad novohispánica, dentro de la cual debe considerarse en primer lugar el sentimiento del ser propio, distinguieron dos clases de pasado. Un pasado esencial a la patria y al genio americano, el pasado que los explicaba a ellos como hombres modernos y que sustentaba la pujante vida material y espiritual de México. Otro pasado ocasional, accidental, que por error y ceguera se había adquirido en el tiempo y por eso mismo era susceptible de ser modificado y reformado: la decadencia y sus causas. Esta distinción hizo posible que la obra de Alzate y Bartolache, como curiosa compensación al acto de volver la cara a la historia, sea una revelación de lo autóctono y un muestrario de las virtuali-

dades mexicanas, inéditas en la cultura o en la naturaleza. Pero principalmente su obra significa la constitución de un hombre, de un nuevo hombre, que, tanto por su vida y sus sentimientos como por su inteligencia, era ya mexicano del todo.

Pero no solamente descubren un nuevo hombre, también lo hacen. Tal pareciera que Alzate y Bartolache, por la insistencia de los mismos temas en sus escritos, no creyeron tener otra misión que la de constituir un nuevo mexicano o una cultura mexicana en especial y americana en general. Al menos no parecen intentar otra cosa. Por primera vez se establece que el remedio para la decadencia está en una razón, en una nueva inteligencia, en una nueva lógica, hasta en una nueva teología. Por eso fueron, en un sentido generoso, educadores, formadores de hombres. Acabada la tradición como fuerza educativa ante la presencia del mundo moderno, y no tolerando ellos, hijos al fin y al cabo de las luces, las costumbres, los usos, las ideas, los prejuicios, los errores de aquel tiempo, se dedicaron a la ímproba tarea de ilustrar al agricultor y al doctor en teología, al ignorante de las letras y al escritor de infolios. Aunque pudiera pensarse que Alzate y Bartolache sólo intentaban restaurar la escolástica por medio de las ciencias modernas, sus obras prueban que ni siquiera querían reformar las costumbres o la vida mexicana. En sus escritos alienta la convicción de que debe destruirse definitivamente la causa del mal y de que, al mismo tiempo, debe educarse a todos los hombres empezando desde las nociones más simples y fundamentales. Según ellos, sólo una educación, adquirida en las luces del siglo por el ejercicio de la razón, establecería una vida y un hombre nuevos que respondieran al ideal ilustrado que señalaban.

Estas actitudes condicionan la salvación patria, porque son la respuesta válida de los ilustrados a las dudas de Europa. Parecerá sorprendente, pero sus publicaciones hacen que el lector adquiera la convicción de que el reconocimiento de una vida distinta y un ser distinto, por igual al pasado propio y a la historia europea, constituye la máxima afirmación de su propio ser y grandeza. La tarea de mostrar, junto a una

naturaleza pródiga, los frutos de una inteligencia equiparable a la europea, viene a ser una modalidad del viejo problema de América. Los colonizadores del xvi, siendo ellos mismos europeos, defendieron sólo la naturaleza humana del indio. Los ilustrados se enfrentan a las dudas sobre la capacidad del hombre americano con el ardor del que lucha por su propia subsistencia. En uno y otro caso la cuestión quedó centrada en la razón. ¿Es el indio tan racional como su conquistador? ¿Es el hombre americano tan racional como el europeo? La respuesta es clara, decidida. No solamente dotar al americano de los instrumentos indispensables para resolver el problema de su ser, esto es, de su racionalidad y de sus derechos a participar de la cultura occidental, sino muestran su ser como ya existente y señalan su contribución al pensamiento universal. No están fuera de la historia, puesto que hacen historia y puesto que la quieren modelar en el porvenir, así como quieren modelar el futuro americano. Pero todas estas actitudes y las consecuencias derivadas de ellas, ¿no muestran ya la independencia espiritual, si es que todavía no la política, de México y América? Por muchas razones Alzate y Bartolache no pueden hablar de independencia, pero son ellos quienes establecen el ser diferenciado de México y América, tanto en el plano de la vida y del sentimiento, como en el de la reflexión teórica, esto es, salvan definitivamente el ser de América para sí mismo y para las preguntas de la cultura occidental.

IV. *Cultura mexicana sin complejos*

De esta manera América es lanzada a la suerte que ha corrido hasta ahora, la suerte por la cual nos explicamos en definitiva la abundante temática sobre el mexicano y su cultura, a saber: su dependencia con respecto a Europa cifrada en el deseo o en el programa de modernizarse y europeizarse. Alzate y Bartolache prueban que entonces era necesario seguir el ritmo de la ciencia moderna y aprovechar sus últimos beneficios. ¿Cómo puede salvarse el ser de América negándose a sí mismo, echándose en manos de una cultura

extranjera? ¿Qué la pregunta es acertada? Pues no era otra la que los tradicionalistas, los trasnochados y amantes de antiguallas, hacían a los pensadores modernos del XVIII. Y en verdad la modernización, que ellos procuraron introducir, llevaba a la asimilación y a la imitación de la cultura europea más reciente. Además preconizaron abiertamente el abandono de las verdades abstractas y universales, en que se fincaba la educación tradicional, y recomendaron las verdades concretas, útiles para remediar males inmediatos. Puede considerarse extraño, por parecer propio de nuestros días, que la "cientifización" y la utilidad sean elevadas en el siglo XVIII a la teoría de salvación del ser de América; mas éste es el pensamiento de nuestros ilustrados. Debe, pues explicarse por qué se buscó la solución de los problemas nacionales, de manera consciente y deliberada, en el estudio de los pueblos modernos y en la asimilación de aquello por lo cual eran considerados modernos.

Es indudable que pesó mucho el calificativo de "bárbaros" que los europeos atribuían a quienes ignoraban la ciencia. Pero los americanos mismos tuvieron mucho que ver en esto, pues no sólo resuelven la cuestión de América a propósito de Occidente, sino que lo hacen con principios occidentales y dentro de una problemática occidental. La solución era la que se deducía naturalmente de su manera de pensar. Por eso no aparece en sus escritos el temor de que lleven al país hacia la imitación de una cultura extranjera. Tal vez en ningún tiempo como entonces el mexicano culto tuvo la convicción tan firme de que América y occidente constituían una unidad histórica, fundada en última instancia en la unidad de la razón universal. De esta manera nos podemos explicar que la extranjerización, de la cual se acusaba vehementemente a Alzate y Bartolache, haya promovido, a la vez, la cultura patria y el conocimiento de la propia realidad, con lo que adquirió mayor fuerza el espíritu nacional. Lo anterior es tanto más comprensible cuanto que, como ha quedado claro, el móvil último de la conducta de los modernos es el amor a la patria y el deseo de ser útil a sus semejantes. De hecho, haríamos un planteamiento falso

si dijéramos que prevaleció lo extranjero, pues por una parte la conciencia de América impide la traslación de los temas que los americanos no necesitan; por otra, el acendrado amor a la patria determina lo que pudiéramos llamar la mexicanaización de la ciencia. Para los modernos la ciencia representaba la salvación de la patria. Pero no podían salvarla si antes no tenían conocimiento de ella. Por eso Alzate pregunta, curándose quizá de las acusaciones de los tradicionalistas: "¿habrá nacional tan enemigo de la patria, que no contribuya con todas sus fuerzas a procurarle gloria?".²⁷ Europa se convierte así en un modelo que no puede ser tachado. Puede ella fustigar la inacción y la ignorancia de los americanos, y éstos pueden comparar sin complejos su saber al de los europeos, sus ciudades a las de Europa. Para ellos, según hemos visto, el pasado negativo de América era accidental. Podía constituirse un mundo nuevo con la asimilación de lo mejor de Occidente. No hay en consecuencia nacionalismo, continentalismo, en Alzate y Bartolache. Eran ellos mexicanos con carta de ciudadanía en la república amplia de las letras.

La cultura mexicana así concebida, la cuestión de América así definida, es, en el pensamiento de Alzate y Bartolache, ya una realización o es un deseo, un mundo que todavía no tiene lugar, una utopía? Por momentos reconocen los progresos que las luces logran en los connacionales. Por momentos también piensan que América ya ocupa un puesto en la historia universal gracias a la dedicación de sus hijos a la ciencia. Pero predomina la visión de un futuro en el que se imaginan ver a las plumas europeas "ejercitándose en los elogios de América".²⁸ Alzate dice también que todos los europeos "se alegrarán verdaderamente de ver reducidos nuestros poetas a la razón, restablecido el buen gusto y desterrado el capricho".²⁹ Ya entonces se afirmaba que "los sabios y las ciencias se pasarán a la América abandonando la Europa".³⁰ Tanto no puede asegurar Alzate, pero sí cree que América habrá de obtener el título de sabia y coadyuvará a los "nuevos descubrimientos que tanto se desean para bien de la humanidad".³¹ La utopía nutre el pensamiento de los moder-

nos. Necesitan una América nueva. Son ávidos material y espiritualmente. Por eso establecen un renacimiento de la cultura y son reformadores y hacen revoluciones en la conciencia tradicional. Están movidos por el afán de huir de sí mismos, de su pasado. Necesitan un nuevo territorio, una nueva inteligencia, un nuevo hombre. Abandonan el mundo antiguo, su mundo. De modo deliberado se insiste en buscar no sólo un mundo espiritualmente distinto, sino físicamente distinto. Una nueva América es para ellos el lugar donde los americanos realizarán su definitiva utopía, vale decir, el destino de América. En este sentido se trascienden a sí mismos, pero no fueron completamente modernos, porque no pudieron, por su propio tiempo, escapar al dualismo que a muchos hombres impuso la necesidad de vivir esta vida, la terrenal, y la otra vida, la religiosa.

LA EXISTENCIA CONJUNTA de todos estos factores en Alzate y Bartolache hace que el pensamiento y la vida mexicanos, empezados con seguridad en el mismo siglo *xvi* y ya elevados a reflexión en Sor Juana y Sigüenza, tengan su máximo desarrollo en la segunda mitad del siglo *xviii*, en el momento inmediatamente anterior a la independencia. Por vez primera existe una conciencia acabada de la propia realidad, de la patria, del pasado, de los problemas nacionales, de la participación en la historia universal. La vida misma, que se manifestaba crecientemente mexicana, es la razón por la cual niegan a su pasado el derecho para existir y establecen la modernización como requisito necesario para la realización de América. Pero la presencia de Europa, la misma modernización, no producen complejos, al contrario, se convierten en el instrumento adecuado para resaltar el hecho de la propia grandeza y la revelación de un genio americano. Los tradicionalistas los pudieron llamar extranjerizantes, porque no entendieron el significado de su obra, frente a la decadencia y frente a las afirmaciones denigratorias de los extranjeros. De parecida manera, la negación del pasado, por decadente, tiene una doble consecuencia: un mayor conocimiento de sí mismos y la optimista convicción de que ya participábamos

de la cultura universal al lado de las naciones cultas europeas.

La enseñanza que con toda claridad proporcionan las obras de Alzate y Bartolache, es ésta: la salvación de América en general y de México en particular, dentro de y para la cultura occidental, es el resultado de la salvación de América para sí misma. De hecho, cuando empezamos a ser un pueblo moderno por la aceptación de las ideas más avanzadas de Europa, estuvimos más cercanos de nosotros mismos y dimos principio a la independencia de América respecto de sí misma, de su pasado que imposibilitaba su grandeza, y respecto de la propia Europa que parecía cerrarle el camino a la historia universal. Y el pensamiento que resultó de estas actitudes, lejos de ser más o menos importado, más o menos imitado o asimilado, fue un pensamiento mexicano, ya con un claro sentido nacionalista. Por una parte es un pensamiento expresado conscientemente en español, con desprecio a veces del idioma tradicional latino, cuyo uso, según afirmaba Bartolache, era uno de los mayores estorbos para la difusión de las luces, para el progreso de América. Por otra, los temas no son los abstractos y universales, ni los trascendentes a este mundo; están referidos a un solo objeto: América y México. El sujeto es americano, se sabe americano. La misma ciencia europea se americaniza o se mexicaniza. Y, sobre todo, lo que hace posible estas actitudes es, de manera como auténticamente mexicana, en Alzate y Bartolache. conjunta, una recia vida mexicana, el designio de salvar la grandeza nacional y el ánimo constante de realizar los nuevos ideales. Por eso la cultura mexicana se integra como tal, como auténticamente mexicana, en Alzate y Bartolache.

La lección ha de ser aprendida por todos aquellos que de alguna manera reflexionamos sobre la cultura mexicana. Y con mayor razón ha de serlo, cuanto que en muchos aspectos, todos ellos importantes, somos, o es el pensamiento actual, la última promoción de los ideales del siglo XVIII. De esa época a nuestros días ha sido constante en las clases directoras la tesis de la modernización, de la europeización. Es cierto que América alimentó la utopía del Renacimiento, pero

sólo se convirtió en utopía para sí misma cuando los americanos se dieron a sí mismos el tema de América como el tema más fundamental. El hecho de que haya sido utopía consciente desde mediados del siglo XVIII, lleva a preguntar si lo será definitivamente, o si, por el contrario, el descuido de nuestra historia y la presencia emuladora de Europa y de los Estados Unidos de Norteamérica, han originado en nosotros una falsa imagen de México en particular y de América en general. ¿Pues, qué sentido tiene el intento, reiterado una y otra vez en nuestros días, de procurar la afirmación de la cultura mexicana frente a la cultura occidental, ni más ni menos que como hacían frente a Europa los pensadores del XVIII? Ellos creyeron, como se ha visto a propósito de Alzate y Bartolache, que habían puesto los cimientos para la formación de un pensamiento mexicano, para la grandeza espiritual y material de la nación. ¿Acaso porque no se ha logrado nada, o muy poco, necesitamos seguir afirmándonos y repetir los mismos problemas y las mismas soluciones? Preguntas graves que sólo pueden ser respondidas con una comprensión cabal de nuestra historia. Mientras esto sucede, recibamos la lección de los ilustrados. Para que el pensamiento mexicano resulte mexicano ha de hacerse desde una vida mexicana recia. Así será posible participar de la historia universal sin falsos nacionalismos y sin volver la espalda a nuestras peculiares maneras de ser.

NOTAS

- 1 *Mercurio Volante*, n. 4, p. 31.
- 2 *Gaceta de Literatura*, I, p. 5.
- 3 *Gaceta de Literatura*, I, p. 249.
- 4 *Op. cit.*, p. 31.
- 5 *Mercurio Volante*, n. 16, p. 128.
- 6 *Op. cit.*, n. 4, p. 31.
- 7 *Op. cit.*, n. 9, p. 70.
- 8 *Gaceta de Literatura*, I, pp. 27 y 223.
- 9 *Asuntos Varios*, p. 151.
- 10 *Ibid.*

- 11 *Observaciones sobre Ciencias y Artes*, p. 275.
- 12 *Asuntos Varios*, pról.
- 13 *Gaceta de Literatura*, I, p. 25.
- 14 *Diario Literario*, p. 48.
- 15 *Mercurio volante*, n. 1, p. 3.
- 16 *Op. cit.*, n. 1, p. 1.
- 17 *Observaciones Varias*, Pról. *Mercurio Volante*, n. 1, p. 2.
- 18 *Gaceta de Literatura*, I, p. 161.
- 19 *Gaceta de Literatura*, I, p. 5.
- 20 *Diario Literario*, pról.
- 21 *Observaciones Varias*, pról.
- 22 *Gaceta de Literatura*, I, p. 196.
- 23 *Mercurio Volante*, n. 1, p. 5.
- 24 *Op. cit.*, n. 1, pp. 10 y 11.
- 25 *Gaceta de Literatura*, II, supl.
- 26 *Ibid.*
- 27 *Diario Literario*, p. 47.
- 28 *Ibid.*
- 29 *Ibid.*
- 30 *Mercurio Volante*, n. 1, p. 5.
- 31 *Asuntos Varios*, p. 151.